

CÓMO CITAR

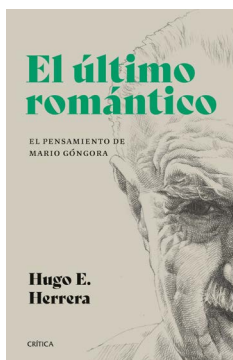
Arqueros Villa, C. (2023). *El último romántico. El pensamiento de Mario Góngora* de Hugo E. Herrera. *Ethika+*, (8), 191-195. <https://doi.org/10.5354/2452-6037.2023.72697>

El último romántico. El pensamiento de Mario Góngora de Hugo E. Herrera

Claudio Arqueros Villa

Facultad de Derecho, Universidad San Sebastián

carquer1@uc.cl



Chile: Editorial Crítica, 2023

228 pp.

ISBN: 978-956-9993-29-9

La publicación del libro de Hugo Herrera, *El último romántico. El pensamiento de Mario Góngora*, viene a proveernos de una biografía intelectual del historiador y ensayista chileno (1915-1985) que, al mismo tiempo, nos introduce en el campo de la historia de las ideas.

Góngora es ampliamente reconocido dentro de su gremio, entre muchos humanistas y cientistas sociales del país y por la parte más ilustrada de nuestra élite política, pero su alcance carece aún de mayor visibilidad social, la que parece merecida al considerar la densidad conceptual con que trató de arrostrar su actividad académica por tratar de explicarnos Chile a través de su pasado.



Decimos «arrostrar» como evocación al desafío y creemos no equivocarnos pues durante la lectura del libro nos vemos constantemente jalados por la tensión vital entre persona y totalidad. Si hay algo que queda claro es que Góngora no pensaba su quehacer profesional como una faceta compartimentada de su vida, sino que buscaba en ello, abriendo muy específicas puertas, una comprensión de la realidad con la que así responder a preguntas de sí mismo y para sí. A este respecto, como algo parecido al efecto visual del espejo infinito, pero referido aquí a conceptos, asistimos a la historia de las ideas que un hombre heredara desde tradiciones más o menos afines y que luego fueron reorganizadas por él para auxiliarse de ellas en una tarea determinada, ideas que además lo convierten en uno de los precursores chilenos en delinear marcos teóricos en esta línea investigativa, superando así la primera fase intuitiva de autores como Alberto Edwards o Francisco Encina. Junto a lo anterior, estas son ideas que corresponden a la manera íntima en que el propio Góngora se concibe dentro del mundo. Esto vuelve a posicionarlo fuera de sí en comunidad con un tiempo, un territorio y una sociedad determinada, en un bucle sin fin; una simbiosis de intercambio y comprensión donde la persona se refleja en lo real y viceversa.

Al mismo tiempo, podemos distinguir en esta obra algunas temáticas que han sido parte de las inquietudes que el propio autor del libro ha planteado en el foro público, a quien debemos agradecer la tarea de sistematizar un legado que no pretendió su autor componerlo de ese modo, pero que, sometido a dicho ejercicio, nos revela con mayor precisión sus dimensiones, relieve y extensión, lo que de otro modo solo hubieran advertidos ciertos especialistas o meticulosos bibliófilos.

El epíteto de «último romántico» parece más que merecido por Góngora. El influjo intelectual de esta corriente que hunde raíces en las postrimerías del siglo XVIII y que fue mucho más allá de su recordado influjo artístico, es parte esencial del pensamiento gongoriano, advirtiéndose una marcada matriz germánica en sus autores de cabecera, sean estos filósofos, historiadores o juristas; una pléyade que se esparce determinada a nutrirse desde o a rebelarse contra las

inmensas presencias que entonces y aún hoy representan para el pensamiento legados como los de Kant y Hegel, extendiendo sus alcances hasta más recientes figuras como Weber y Heidegger.

Esta misma identificación de Góngora también nos lleva a preguntar por el «fenómeno», el por qué lo procedente desde Alemania ha alcanzado tal recepción e influjo sobre una cultura nacional como la nuestra, siendo aparentemente tan ajenas entre sí. Con todo, Chile cae y recae hasta el presente en mirarse a través de este Otro, en lo que ya a fines del siglo XIX alguien criticó llamándolo el «embruajamiento alemán».

A nuestro entender, la obra de Herrera podemos comprenderla en tres grandes secciones: 1) prólogo e introducción, 2) tópicos vitales o *leitmotiv* gongorianos, 3) facetas de la obra y pensamiento gongoriano.

En su primera parte, el autor nos revela su propio acercamiento vital a la obra del historiador, marcada por la última década en que la digitalidad pareció ajena a nuestro cotidiano, la década de 1990, cuando aún no nos influía como hoy hasta configurar nuestro lenguaje e ideas bajo la forma de un «régimen de ocularidad» (p. 15). Góngora se inscribía en lo mejor de esa época anterior, al otro lado de este salto epocal, reflejado en una manera distinta de escribir y una densidad mayor en el pensar, distintiva en las letras nacionales de la generación de 1938, de la que Góngora es contemporáneo. Luego, destaca su peso y proyección hasta el presente, ejemplificado en la diversidad y amplitud representada hasta hoy por señeros discípulos suyos como Gabriel Salazar, Alfredo Jocelyn-Holt y Joaquín Fernandois. Herrera afirma: «Los tres poseen una veta proyectiva y ensayística destacada, que es como usualmente se plasma el pensamiento humanístico y filosófico en Chile» (p. 23). Aquella trinidad de autores, deudora de una misma fuente, no deja de sugerirnos cierto símil con la arquetípica visión de los «tres tercios» del espectro político y, nuevamente, nos induce a pensar en cuán influyente es el legado de Góngora sin que muchos lo hayan advertido. Finalmente, en esta primera parte, el autor nos advierte que la formación jurídica, teórico-política y

filosófica en Góngora no son meros aditamentos anecdóticos para desparramar citas, sino que genuinamente fueron asimilados por él como parte de una *Weltanschauung*, término diltheyano que en él podemos usar con toda propiedad.

En una segunda parte, Herrera nos introduce en el momento biográfico donde eclosiona Góngora como inquietud vital e intelecto. Nos lleva a observar el vibrante semillero de personalidades que se nutrió de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) de fines de los años 1930 —¡cuántas universidades y centros de pensamiento no quisieran conseguir hoy algo así!—, y cuánto influyó en este joven, en una tempestad que lo acercó y luego alejó de la política activa, así como a su tiempo lo hizo respecto del conservadurismo católico hasta abrazar fugazmente el espíritu de la revolución y, nuevamente, escapar de aquel polo.

Ciertamente la intensidad de esta búsqueda interior es pieza clave para entender el modo de pensar de Góngora, quedando plasmado en sus textos a manera de huellas. Esta época de formación de una cierta manera de ser da lugar a una serie de recurrentes *leitmotivs*, identificables en escritos de diversa temática y época de la obra de Góngora. La relevancia de la experiencia vital para comprender su derrotero cultural se explica por su identificación con los mayores axiomas de la filosofía romántica, sobre todo el de asumir la experiencia vital en sí misma, o como el propio Góngora lo señala en una clara afirmación romántica: “el cosmos como vida y la infinitud de la vida en el interior del alma individual, recobrando la imagen renacentista del microcosmos y de macrocosmos” (p. 162). También se aprecia en su lucha contra los molinos de viento representados por los rastros dejados en el siglo XX por la razón racionalista.

Advertidos de usar como clave hermenéutica la idea de que la forma de pensar y de ser de Góngora no pueden disociarse, Herrera nos introduce en los siguientes cinco capítulos en la tarea sistemática de analizar e interpretar su pensamiento jurídico, político, cultural y filosófico, para concluir en una síntesis, la «integración de las tra-

diciones», que Herrera en un momento resume de este modo: “Del Romanticismo son significativos, especialmente, Hölderlin, Schelling y Goethe; de la fenomenología, Husserl y, en la veta existencialista, Heidegger y Jaspers; de la filosofía hermenéutica, Schleiermacher, Schmitt, Müller y el Kant de la tercera crítica; del historicismo, el mismo Heidegger, Dilthey y Spengler” (p. 161).

Ahondando en cuestiones tales como su visión del derecho aplicado en el estudio del surgimiento del Estado indiano español, la visión del derecho como «orden total» (p. 98), reminisciente del *Staat* hegeliano como culmen de las interrelaciones humanas (donde no es difícil advertir la conexión con, quizá, la más célebre tesis gongoriana en torno a la génesis de la nación chilena a través de un Estado y pueblo preexistentes), o en su oposición a las denominadas «planificaciones globales», desde el proyecto democratacristiano hasta la consolidación del Régimen Militar, donde su inicial ilusión es sucedida por el desencanto, en este libro, Hugo Herrera nos permite advertir un alma honda, una mente agitada, un afán convertido en fuerza para aprehender el mundo y una obra fecunda en Mario Góngora, cuyo ejemplo ojalá representase una fuente de inspiración para los actuales y futuros intelectuales que todavía remiten al ser, la esencia y la verdad, el fruto de sus trabajos y desvelos.